Los pétalos del loto blanco

Mario Callejo Herrera

Los pétalos del loto blanco

Mario Callejo Herrera

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2024
© Mario Callejo Herrera, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

SBN: 979-13-87532-11-6
IBIC: FFH
Depósito legal: M-23791-2024

A la memoria de mi padre.

«Aunque ya nada pueda devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, porque la belleza subsiste en el recuerdo».

Oda a la inmortalidad, William Wordsworth.

«Lo que sabemos es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano».

Sir Isaac Newton (1643-1727)

El 25 de abril de 1993 los servicios de inteligencia de las potencias de Europa occidental, en colaboración con INTERPOL, acordaron la creación de unidades operativas especialmente diseñadas para la detección, control y desarticulación de organizaciones criminales cuya actividad se desarrollase, en todo o en parte, en el Viejo Continente.
Integradas por cualificados miembros de los cuerpos de seguridad, las fuerzas armadas y la sociedad civil, su base se fijó en las distintas capitales europeas.

La U6-Madrid recibió el nombre de «Tauro».

Uno

Región Autónoma de Mongolia Interior, República Popular China, agosto de 2019.

Cuando se despertó, sintió cómo una extraña sensación se apoderaba de él. La brisa que entraba en el dormitorio por el ventanal que comunicaba con el patio central y los jardines solía acariciarle en el rostro y los brazos cuando caía la noche; pero en esa ocasión su piel se erizó temerosa bajo el tacto invisible del viento amarillo[1] que, en esa época del año, llegaba hasta los arrabales del insignificante villorrio procedente del inmenso páramo ubicado más al norte. La proximidad con el desierto, que se extendía al otro lado de la frontera, imponía una solemne austeridad a todo lo que le rodeaba.

Shahaizhen tan solo era un grano de arena más, una partícula de polvo del camino, un pequeño punto en el mapa, un pedacito olvidado de un vasto territorio que durante siglos fue imposible someter por completo.

Wang Yu se incorporó en su lecho. Toda la habitación se encontraba en penumbra. No sabía por qué, pero había algo que le impulsaba a escrutarla de pared a pared. Volvió a fijarse en el

1 Fenómeno meteorológico estacional que afecta a gran parte de Asia Oriental.

ventanal que aparecía abierto de par en par. No estaba seguro de que él mismo lo hubiese abierto antes de conciliar el sueño. «Tengo frio», pensó. «Espero que no sean las malditas fiebres de nuevo».

Decidió levantarse y caminar hasta el ventanal. Una raída chaquetilla de algodón que yacía sobre la cama le sirvió para cubrirse. Intentó distinguir los jardines, pero la noche sin luna era tan espesa como la tinta de un calamar. Fue entonces cuando, agudizando el oído, pudo percibir que el murmullo del agua que la fuente ubicada en el centro del patio vertía por sus ocho caños traía consigo una escalofriante advertencia: «xiao xin!»[2].

Wang Yu empezó a sudar; su boca estaba tan pastosa como un lodazal. «¿Qué está pasando?», se preguntó.

Consultó la pantalla de su teléfono móvil. Eran las tres y treinta y tres de la madrugada. Tras unos instantes de duda, intentó hacer una llamada, pero, debido a la falta de cobertura, le resultó imposible establecer contacto.

Presa de la inquietud, abandonó su modesto aposento con el presentimiento de que algo terrible estaba sucediendo. Cogió uno de los farolillos que vagamente iluminaban el pasillo y, enarbolándolo en su diestra, recorrió la galería hasta llegar al extremo opuesto del añoso edificio. Las siluetas de los árboles que engalanaban el patio central, por efectos de la noche, se habían tornado en formas fantasmagóricas que acrecentaron aún más sus temores.

Se detuvo frente a la puerta de la habitación que ocupaba el profesor extranjero que se había granjeado su amistad. En esta ocasión, la visita no tenía por objeto satisfacer su deseo de aprender, tan solo buscaba a un amigo con quien compartir la

2 En mandarín, «¡ten cuidado!».

angustia que le invadía. Aún no sabía de qué, pero comenzaba a sentir miedo.

Cuando irrumpió en la estancia tras golpear la puerta con los nudillos, encontró al científico tumbado sobre la cama. Estaba acostado de lado, de espaladas a la puerta. Wang Yu creyó que el extranjero no le había oído llegar, así que pronunció su nombre con sigilo, como si temiera ser sorprendido por alguien, pero no obtuvo respuesta. El sabio hombrecillo permaneció inmóvil, ajeno a la demanda de que le prestase atención.

A Wang Yu no le quedó más remedio que posar su mano sobre el hombro del profesor y zarandearle suavemente para que despertase.

—¡Profesor Mancini! —insistió elevando el tono de voz.

El cuerpo del científico, inerte, cedió quedando boca arriba sobre la cama. El usual gesto de simpatía que adornaba su rostro había dejado paso a una mueca de espanto. Un reguero de sangre, aún roja y caliente, brotaba del profundo corte que le cercenaba la garganta.

Wang Yu retrocedió ante el horror que le produjo contemplar el cuerpo sin vida de su colega. Fue entonces cuando tuvo la certeza de que el desasosiego que le había arrebatado del mundo de los sueños se materializaba en un peligro real y tangible: el profesor extranjero había sido visitado por Siwáng[3].

«Pero, ¿es el profesor Mancini a quien realmente ha venido a buscar la muerte?», se preguntó angustiado. Sabía que existían muchas razones por las que el elegido bien pudiera haber sido él.

Los pies descalzos de Wang Yu se deslizaron sobre las baldosas de terracota que cubrían el corredor principal en dirección a las escaleras. En la planta baja se encontraban las dependencias

3 En lengua mandarín, «muerte».

que ocupaba el cuerpo de guardia. «¿Y los guardias? ¡Hatajo de vagos!», pensó. «¿Se habrán quedado dormidos?».

Junto al portón de entrada intentó recuperar el aliento. Miró a izquierda y derecha. Nadie. No vio a ningún centinela. Sintió cómo en su interior el enojo que le invadía se entremezcla con el temor que se estaba apoderando de él. «Si se han quedado dormidos, daré parte al responsable del Partido para que los haga pagar por su indolencia», se prometió a sí mismo. Nunca había denunciado a nadie, pero siempre existía una primera vez.

Furioso, entró en el pequeño patio que se ubicaba a continuación. Su miedo se disparó cuando encontró los cuerpos sin vida de los cancerberos. Al igual que su amigo italiano, habían sido degollados.

Volvió a sentir el rugoso tacto del barro cocido en la planta de los pies mientras avanzaba de nuevo por el corredor principal. Las habitaciones que ocupaba el personal que pernoctaba en el edificio se encontraban al final de la galería que vertebraba la vieja construcción, nacida en los albores de la Gran Revolución Cultural Proletaria[4] para albergar escuelas de Jóvenes Guardias Rojos[5] y reconvertida en centro de investigación veinte años atrás. Jamás se había dignado en visitar esa parte del recinto, donde la edificación acusaba más severamente el paso del tiempo; pero en aquellos momentos, al igual que una fiera acorralada en una cacería, buscaba desesperadamente cobijo.

---

4 Movimiento sociopolítico, que acaeció en China desde 1966 hasta 1976, iniciado por Mao Zedong, también conocido como Mao Tse-Tung, que tenía por objeto implantar y preservar el comunismo mediante la eliminación de elementos pertenecientes a la cultura tradicional de la sociedad china y el pensamiento liberal importado de Occidente.

5 Organización selectiva de niños y adolescentes sancionada por el Partido Comunista Chino existente entre los años 1967 y 1978.

El largo corredor se transformó en un interminable túnel cuyas paredes aparecían decoradas con retales de las grandes pinturas murales representativas de la victoria del proletariado sobre las tradiciones ancestrales y el capitalismo. Wang Yu apretó el paso. Estaba a punto de llegar a su destino.

Pero el médico tibetano[6] tan solo fue recibido por cadáveres, cuerpos sin vida que todavía conservaban el calor de su último aliento, hombres y mujeres cuyas gargantas habían sido cercenadas, mirándole fijamente con los ojos abiertos, anunciándole desde el silencio que su suerte estaba echada, que Sǐwáng esa noche, además de cobrarse un copioso botín de vidas humanas, a quien había venido a buscar era a él.

Wang Yu no tuvo más remedio que darse por vencido. De nuevo en las escaleras que conducían al patio central, no se sintió con fuerzas para llegar hasta el garaje en busca de algún utilitario de los que había consagrado el régimen, burdas copias de los coches europeos, con combustible suficiente para llegar hasta Bayannur en donde quizá hubiese podido encontrar algún escondite. Además, ¿de qué le serviría huir? Más tarde o más temprano Sǐwáng le encontraría allá a donde fuere.

Los que aún seguían creyendo en las leyendas ancestrales de su pueblo aseguraban que Siwáng no era del todo humana, que tenía establecido un pacto con Mara[7] que la hacía inmortal. Durante mucho tiempo Wang Yu pensó, como hombre de ciencia y por ende ilustrado, que tan solo se trataba de una fábula, un antiguo relato reminiscencia de las necias creencias que

6 La tibetana es una de las cincuenta y seis etnias que en la actualidad habitan en China.

7 Dentro del budismo, la figura más importante relacionada con los seres maléficos espirituales es Mara. El budismo, aunque es originario de la India, es la religión que cuenta con más seguidores en China.

atormentaban a sus mayores antes de ser redimidos por el socialismo. Pero después de tanto tiempo, cuando tras lustros de opresión y carencias la redención se había tornado en esclavitud, ya no sabía qué pensar.

Una presencia se materializó detrás de él: una figura alta, delgada, enfundada en una vestimenta oscura que se confundía con la noche. No la había visto llegar. Ahora tendría que irse con ella.

Súbitamente, la hoja de acero que pareció materializarse desde la nada relampagueó bajo la tenue luz que proporcionaban los farolillos. Al instante, el médico tibetano sintió cómo la vida se escapaba a borbotones por el profundo corte que seccionaba su garganta.

El capuz con el que se engalanaba quien le visitaba esa fatídica noche, por efecto del viento amarillo, se levantó por un instante. Antes de exhalar su último aliento, a Wang Yu le acometió la duda de si podría encontrar el camino al más allá siendo el lívido rostro de la muerte lo último que había visto en este mundo.

Dos

En algún lugar de la costa sureste española, poco tiempo después.

La inmensidad azul del Mediterráneo lo inundaba todo. A pesar de que la hoja correspondiente al mes de septiembre estaba a punto de ser arrancada del calendario, el estío se resistía a dar paso al otoño. Los días se sucedían bajo la intensa caricia del sol y, en consecuencia, los termómetros marcaban máximas que se antojaban más propias de los meses de julio y agosto.

El chiringuito reinaba en solitario sobre la dorada arena de la playa de Macenas. Acabada la temporada, la exigua clientela que devotamente lo frecuentaba parecía celebrar su triunfo frente a las hordas de veraneantes que, no hacía mucho tiempo, abarrotaron el sencillo quiosco revestido de hojas de palma secas. Los integrantes de tan singular séquito degustaban fervientemente las exquisiteces que Ginés ofrecía en un tiempo récord, a un precio mucho más moderado y sin los agobios propios de la temporada alta. Cada caña de cerveza, cada espeto de sardinas, cada tapa de ensaladilla de gambas que se servían en El Chipirón estaba condimentada con una buena dosis de sosiego.

Me había levantado temprano. Después de disfrutar del mar y la soledad durante unas cuantas horas, en equilibrio sobre los bloques de piedra de un espigón caña de pescar en ristre, toda mi

anatomía demandaba con desesperación un buen rato confortablemente instalado en un butacón de mimbre, saboreando una cerveza bien fría. No había capturado ni un solo pez, pero eso me daba igual: la pesca era la excusa perfecta para reencontrarme conmigo mismo.

Desde que me había trasladado a este lugar de la costa mediterránea, donde había fijado temporalmente mi residencia, los días pasaban con mucha más lentitud, de una forma agradable, proporcionándome una sucesión de horas repletas de una reconfortante sensación de bienestar. Sin lugar a dudas, la vida tenía un ritmo diferente en ese apacible rincón de Andalucía.

Milda, la joven y escultural lituana a quien Ginés, en su calidad de dueño de El Chipirón, había encumbrado a la categoría de *sex symbol* del chiringuito, se acercó a la mesa que yo ocupaba. La camiseta de tirantes y los vaqueros cortos que vestía, ajustados a su curvilínea anatomía, no concedían mucho margen a la imaginación.

La exuberante camarera no tenía la misma confianza conmigo que con el resto de la clientela masculina acostumbrada a sus piropos y bromas, en ocasiones de cuestionable gusto, pues no hacía mucho tiempo que me había incorporado al elenco de clientes habituales y solía mostrarme mucho más reservado y comedido en mis comentarios. Mirándome de soslayo, la belleza báltica vaciló unos instantes antes de dejar junto al platito de olivas que acompañaba a mi cerveza un vaso de usar y tirar cubierto con una tapa de plástico.

—Esto es para usted… —se atrevió a decir finalmente—. De parte de… —. Con su índice extendido señaló hacía la entrada del *chambao*, donde un cartel en el que se podía leer el nombre

del local, escrito con la caligrafía propia de un grafitero huérfano de un vagón de metro, pendía del tronco de una palmera.

Al no encontrarse nadie en ese lugar en aquel instante, Milda decidió poner fin a la explicación que intentaba argumentar en un idioma que aún no hablaba con fluidez:

—¡Una mujer estaba ahí! —aseguró en un español huérfano de sintaxis y cargado de acento mientras se alejaba contrariada en dirección a la barra.

Di un respingo en mi asiento y, tomado el vaso desechable en la diestra, me levanté encaminándome hacia la salida.

—Quédate con el cambio —le dije a la camarera al pasar junto a ella, dejando sobre la bandeja que portaba un billete de cinco euros.

Frente a la puerta del chiringuito, una amplia explanada desprovista de cualquier tipo de vegetación hacía las veces de aparcamiento. Un puñado de coches, desperdigados sin orden y concierto, aguardaban el regreso de sus conductores, fieles como un perrillo atado a la puerta del supermercado. Miré de izquierda y derecha. El aroma de la brisa del mar, preñada de salitre, era tan denso que podía paladearse.

—Esta vez tampoco se ha quedado frío —una melodiosa voz femenina, tremendamente familiar para mí, me confirmó que estaba en lo cierto.

Turca permanecía de pie junto al camino confeccionado con tablones de madera sobre la arena que conducía del chiringuito a la playa. Vestía un elegante traje de chaqueta de lino beige y calzaba sandalias de tacón alto. Su melena, de un intenso castaño cobrizo, reflejaba los destellos del sol. Esbozando una sonrisa, se quitó las gafas que la protegían de un exceso de rayos ultravioleta

y pude apreciar el vivo destello de sus ojos, fulgurantes como un par de esmeraldas.

Por un momento me pareció estar viviendo una ensoñación, la aparición onírica de una hermosa dama guerrera. Avancé unos cuantos pasos hacia donde ella se encontraba, quité la tapa al vaso que portaba y probé su contenido.

—¡Excelente! —sentencié tras identificar el sabor de un genuino café de Colombia—. He de reconocer que lo estaba echando de menos —añadí.

—¿Te refieres al café o al hecho de volver a verme? —inquirió Turca, divertida.

—Una cosa conlleva a la otra, ¿no es así?

La que había sido mi pupila y compañera durante años en Tauro recorrió el trecho que nos separaba. Nos fundimos en un abrazo sincero, emotivo, que pronto amenazó en convertirse en demasiado entusiasta. Tan solo unos cuantos cormoranes, estratégicamente apostados en los alrededores, pudieron percatarse del rubor que nos invadió a ambos e hizo que nos separásemos apresuradamente.

—Créeme si te digo que me has dado una sorpresa —reconocí.

—He tenido la idea de hacer esto en un par de ocasiones, pero ya sabes… —contestó Turca.

Podía imaginar perfectamente cientos de razones por las que la ahora líder de Tauro no hubiese podido disponer de tiempo suficiente para realizar una visita de cortesía a su predecesor en el cargo.

Turca había madurado. Lo percibí desde el primer instante. Su presencia se hacía más grave, no resultaba tan jovial como antes. Era evidente que el tiempo que llevaba al frente de la